

## El desarrollo argentino en el contexto internacional\*

**Raúl Prebisch**

Señoras y señores: todo el mundo está en estos momentos pendiente, ansiosamente pendiente, de lo que va a ocurrir con el dólar. Este es un episodio muy importante de un largo proceso que viene desarrollándose desde mucho tiempo atrás.

El patrón oro tenía, junto a sus grandes fallas que hemos sentido especialmente en la Argentina, como país periférico, la virtud insustituible de poner un límite a la creación arbitraria de dinero. Se abandonó el patrón oro y Estados Unidos tomó, o recibió, el privilegio de emplear una moneda internacional, de usar su propia moneda como moneda internacional. Y así, la creación de moneda internacional no dependió de las necesidades de la economía internacional sino de las vicisitudes de la economía y de la política de los Estados Unidos. Se sucedieron varios años en que una inflación, al principio relativamente suave y tolerable, fue creciendo y creando problemas que Estados Unidos resolvía con la emisión de moneda internacional.

De esta forma, en una primera etapa se inundó el mundo de dólares. En los últimos, y en aras de su propia recuperación, Estados Unidos decidió succionar parte de los dólares así creados mediante altísimas tasas de interés.

\* Texto de la disertación pronunciada por el Dr. Raúl Prebisch en la Tercera Convención de Bancos Privados Nacionales organizada por la Asociación de Bancos Argentinos (ADEBA) el 28 de agosto de 1985. Se reproduce en forma completa con la excepción de algunas referencias a episodios o personas del momento con el propósito de mantener la actualidad del documento (nota del S de R).

Muchos sostienen que esta inflación del dólar está directamente ligada a la crisis del petróleo, olvidando, sin embargo, que en 1971 Estados Unidos abandonó la conversión del dólar en oro como consecuencia de una inflación que venía desarrollándose y teniendo graves efectos sobre el balance de pagos.

Es cierto que la crisis del dólar es un factor muy importante de deterioro de los términos del intercambio de los Estados Unidos, deterioro al que nosotros estamos muy acostumbrados. Pero, ¿por qué este deterioro en los EE.UU. se tradujo en una nueva y colosal emisión de dinero internacional? Porque podía hacerlo. Si nosotros, en nuestras vicisitudes, hubiéramos podido contrarrestar el deterioro de la relación de precios con una emisión de pesos y colocarlos en el resto del mundo pues habríamos resuelto el problema.

Hay una clara ambivalencia. La inflación producida en los EE.UU. es consecuencia de su política. En esta inflación, antes y después de la crisis del petróleo, vemos el origen del mercado de los eurodólares, que se creó porque los bancos centrales, que al principio recibían con beneplácito esos dólares para sus reservas, vieron después que las consecuencias secundarias de dispersión serían serias y resolvieron colocar esos dólares en el mercado de eurodólares.

Así surgieron las operaciones de la banca comercial internacional, una banca que no estaba acostumbrada a realizar préstamos a largo plazo con objetivos de inversión a los países en desarrollo. Hubo una verdadera competencia de la banca transnacional para colocar dinero en los países en desarrollo.

Esa competencia y la ansiedad de muchos de nuestros países de recibir ese dinero, pusieron de manifiesto una convergencia de irresponsabilidades en el plano internacional, sin que consejos previsores de muy pocos hombres que vieron el problema tuvieran éxito. Se dejó plena libertad no solo respecto de las operaciones que he mencionado, sino para la creación adicional de recursos en el mercado de eurodólares, de aceptación de la inflación internacional, porque por cada dólar que llegaba al mercado se creaban dos o tres dólares más, por ésta y otras operaciones.

Hubo un hecho político. No se aplicó regulación de ninguna naturaleza. Y otro hecho político fue el afán de EE.UU. de combatir su propia inflación, de modo que cuando empezó a tomar proporciones inaceptables y no pudo disminuirla con los métodos ortodoxos que siempre se nos han recomendado, la resolvió atrayendo el ahorro interno y también el ahorro del resto del mundo mediante altísimas tasas de interés, lo cual ha provocado y sigue provocando crecientes dificultades.

De todo esto surge, claramente, que la administración del dólar a nivel internacional en modo alguno es motivo de admiración. Y digo esto sin el afán de una crítica insensata, como hombre que en su larga trayectoria como funcionario nacional e internacional siempre ha considerado que era esencial para el mundo encontrar fórmulas de convivencia fructíferas con los EE.UU. Muy grave es no haberlas encontrado. Y creo que todos tenemos que hablar con franqueza, persuadidos de que es necesario lograr un cambio fundamental.

Digo y subrayo que todo esto es el resultado de decisiones políticas de hacer y de decisiones políticas de no hacer. Y ahora se nos enrostra a los países que sos-

tenemos la tesis del Acuerdo de Cartagena que éste no es un problema político. Nos dicen sigan ustedes las negociaciones entre banqueros y deudores, éste no es un problema político. Este es un gravísimo error. Es un problema político porque el origen es esencialmente político, tal como lo he expresado.

No quiero decir con eso que la negociación tiene que tener un interés político. Eso no. La decisión política tiene que ser adoptada dentro de un marco adecuado para que las negociaciones entre bancos y deudores puedan hacerse con otras perspectivas, que no se tienen en el presente.

Hace muy poco tiempo fui invitado por un comité de la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos para hablar sobre este problema, y lo hice, por supuesto, con la franqueza necesaria para hacer ver esta convergencia de irresponsabilidades. En ese caso no usé la palabra "irresponsabilidades", sino "responsabilidades" por razones de cortesía. Señalé en ese momento las gravísimas consecuencias que para nuestros países tendría el hecho de seguir sin una solución, porque no la es la de continuar pagando intereses mediante el acrecentamiento de la deuda. Dije que tampoco podían continuar las actuales perspectivas de la economía internacional. Hasta hace poco tiempo se decía: tengan paciencia, la economía internacional se va a recuperar y bajarán las tasas de interés. Hoy ya no se escucha ese lenguaje ante la evidencia de los hechos. Para evitar el rebrote inflacionario la Reserva Federal ha tenido que subir las tasas de interés y restringir el crédito, porque no hay solución fundamental todavía para contener este desequilibrio entre el gasto y la inversión, la inversión reproductiva, que es la única que puede acrecentar y multiplicar el empleo, la productividad y el ingreso.

Hemos advertido este problema en EE.UU. desde mucho tiempo atrás. Es un país muy propenso al consumo, que desde los estratos superiores baja en la escala social y es estimulada por los medios masivos de comunicación con la diversificación insensata de bienes y servicios.

Luego están los gastos en armamento. Todo eso ha ido creando una tensión entre estas distintas formas de gasto y de inversión de consumo, inversión de goce, con la capacidad para acumular capital. Parece raro que se hable de este hecho en los EE.UU. cuando nosotros estamos acostumbrados a ver allí una capacidad enorme de inversión de capital. No es más así. El ritmo del gasto ha crecido de tal forma que ha terminado por debilitar el ritmo de la inversión, con consecuencias inflacionarias.

Ese es el problema de fondo. No es que me complazca destacarlo para hacer el cotejo con nuestros países, porque en éstos no hay posibilidad de cotejo ante la inflación desenfrenada.

Al hablar de los hechos internacionales, de la baja de la tasa de crecimiento, de los centros del rebrote inconcebible, no quiero significar que los males argentinos se deban solamente a las condiciones adversas de la economía nacional. Las condiciones adversas han existido, pero se han dado también respecto de algunos países que hace algunos decenios estaban atrás de la Argentina y que hoy se en-

cuentran adelante de ella, entre los países desarrollados, mientras nosotros nos debatimos en un desperdicio fantástico de fuerzas productivas.

El país está creciendo mucho menos que su potencial de recursos naturales y la capacidad de su gente. Tenemos pues una enorme responsabilidad los argentinos por no haber sabido enfrentar las condiciones internas y externas con decisión. Hemos pasado así de los desbordos del populismo al monetarismo destructivo. Y, todo con exageración. Este país es propenso a la falta de equilibrio. El marco en este aspecto es tan inconmensurable que ha debilitado hasta el punto de acumulación de capital reproductivo.

Esa es una de las razones por las cuales el país está postergado, postrado, estancado. No busquemos solamente los factores exteriores. Tengamos presente nuestra propia política, nuestras propias decisiones. Esto en lo que concierne a lo interno.

Tampoco hemos sabido afrontar la adversidad exterior y aprovecharla para fortalecernos. Desde mi juventud he presenciado la sucesión de acontecimientos adversos en este país: la gran recesión mundial, la guerra, las dificultades de la posguerra. Luego, un largo período de prosperidad internacional que no supimos aprovechar para fortalecer nuestra economía. Fuimos frívolos en ese y otros momentos. Y luego la situación actual, que no está al alcance del país modificar en cuanto a los factores exteriores, pero sí en lo que concierne a la economía interna.

En los años treinta, la crisis nos obligó a dar impulsos sucesivos a la industrialización. Con todos sus errores, la industrialización permitió en esos años atenuar las consecuencias de la crisis. La guerra trajo una economía mundial fraccionada, en que se destruyó el régimen multilateral de convenios y pagos. Pero cuando se reconstruyó la economía europea y empezaron los largos años de prosperidad, la conjunción de intereses creados y la inercia intelectual llevó al país a continuar solamente con la simetría de la política sustitutiva, sin hacer un esfuerzo sistemático y ponderable para exportar manufacturas.

El país quedó a la zaga de otros países que hicieron una tarea formidable en ese sentido, venciendo circunstancias internas. El país perdió oportunidades y tardíamente se plegó a este movimiento, pero sin persistencia de propósitos. Cuando la iniciativa privada logró tener efectos positivos en materia de exportaciones, no tardamos en tomar medidas adversas, entre ellas la sobrevaluación de la moneda, la ilusión ingenua de creer que se puede parar la inflación con la sobrevaluación monetaria. Esto llevó, junto con otras medidas, a postergar no solamente la economía industrial argentina y las exportaciones, sino también la economía agropecuaria.

Menciono estos errores sin el ánimo de discernir responsabilidades, porque no creo que convenga en estos momentos sembrar nuevos elementos de división en el país, cuando lo que se necesita es la unión, un gran consenso social interno, para evitar que vuelva el proceso inflacionario -no basta con lo que se ha hecho; habrá que ir más a fondo- y para tener una esclarecida y persistente política de comercio exterior, combinando la sustitución de importaciones con la promoción de exportaciones.

La sustitución de importaciones no es el resultado de una preferencia doctrinaria: si la Argentina pudiera exportar productos agrarios y productos industriales en la medida necesaria para abastecer sus necesidades de bienes de capital, bienes intermedios y bienes de consumo sería un país ciego si no lo hiciera.

Yo he luchado en UNCTAD durante muchos años para que se pudieran abatir las grandes barreras que dificultaban la exportación industrial de los países periféricos. No se ha conseguido -en años de lucha y no obstante la prosperidad de los centros- nada que merezca ponderación: una concesión muy limitada de preferencias y nada más.

Tengamos presente eso. Sigamos luchando por una política inteligente de comercio exterior, por una política de liberalización comercial que tenga en cuenta las dificultades de los centros sujetos a una desocupación crónica ¿Por qué los países centrales no cooperan con nosotros tecnológica y financieramente, para sustituir importaciones, no en el estrecho campo nacional sino con la colaboración recíproca de los que más han avanzado en la industrialización latinoamericana? (...) ¿Por qué no se puede llegar a ciertas formas de cooperación de la iniciativa nacional y de la iniciativa transnacional en ésta y otras materias de acuerdo con una política selectiva de inversiones?

Este es otro punto en que la conducta del país ha sido errática. No ha obedecido a los raros designios de intereses en desarrollo sino a posiciones dogmáticas que han contribuido también a desalentar la inversión y la cooperación entre el esfuerzo nacional, público y privado, y la iniciativa extranjera. Así pues, hemos cometido enormes errores. También hemos tenido aciertos, pero los errores han prevalecido sobre los aciertos. Por eso el país está postrado. Este país se ha desangrado, hacia adentro y hacia fuera, por sus propias decisiones.

Es necesario que reconozcamos crudamente que hemos cometido errores, como dije antes, no para sembrar cizaña sino para provocar el surgimiento de una política que trate de evitar esos errores colosales y que será tanto más eficaz cuanto más podamos contar con la colaboración del exterior, que en materia de deuda tarda en venir y está emponzoñando nuestras relaciones con los centros, y especialmente con el centro dinámico principal del capitalismo. Reconozca el país que ha cometido errores; reconozcamos todos, como un acto de profunda reflexión, porque es indispensable para una renovación ideológica de este país. Creo que el país ha madurado para hacerlo (...).

Es necesaria esa renovación fundamental que pueda conducir a una gran política de desarrollo. Si tenemos el éxito que se espera en esta política de contención de la inflación, se podrá afrontar una persistente política de desarrollo, que coloque de nuevo al país donde debiera estar. Este país podría tener gastos de educación, de vivienda, de bienestar social, muy superiores a los actuales, si crece con el ritmo con que debió crecer en el pasado. Este país puede dar satisfacción a muchas necesidades colectivas, pero debe hacer primero lo necesario para ello, inspirado en la necesidad de una política de desarrollo que asegure el vigoroso crecimiento y la autonomía fundamental de las decisiones nacionales.

